



# San Agustín y la Navidad

Predicación, contemplación, alabanza



Centro de  
Espiritualidad  
Agustinos

## Reflexiones de San Agustín sobre la Navidad

¡Qué alabanzas tributaremos, pues, al amor de Dios!

¡Cuántas gracias hemos de darle!

**Tanto nos amó que por nosotros fue hecho en el tiempo** Aquel por quien fueron hechos los tiempos, y en este mundo fue menor en edad que muchos de sus siervos el que era más antiguo que el mundo por su eternidad;

tanto nos amó que se hizo hombre el que hizo al hombre,

hizo madre a la que él hizo,

le llevaron unas manos que él formó,

mamó de los pechos que él llenó,

y lloró en el pesebre la infancia muda,

la Palabra sin la que es muda la elocuencia humana.

*(Sermón 188, 2, 2)*

Mira, ¡oh hombre!, lo que Dios se hizo por ti;

reconoce la enseñanza de humildad tan grande de la boca del doctor que aún no habla.

En otro tiempo, fuiste tan facundo en el paraíso que impusiste el nombre a todo ser viviente;

sin embargo, por ti yacía en el pesebre, sin hablar, tu creador; sin llamar por su nombre ni siquiera a su madre.

Tú, descuidando la obediencia, te perdiste en un vastísimo jardín de árboles frutales;

Él, por obediencia, vino en condición mortal a un establo estrechísimo para buscar, mediante la muerte, al que estaba muerto.

Tú, siendo hombre, quisiste ser Dios para tu perdición;

Él, siendo Dios, quiso ser hombre para hallar lo que estaba perdido.

**Tanto te oprimió la soberbia humana, que sólo la humildad divina te podía levantar.**

*(Sermón 188, 3, 3)*

El nacimiento de Cristo del Padre fue sin madre;  
su nacimiento de madre fue sin padre; ambos asombrosos.

El primero fue eterno, el segundo en el tiempo...

te admiras cuando decimos que nació de una virgen. ¡Cosa portentosa!

**Es Dios, no te cause admiración; pase la admiración, llegue la alabanza.**

Hágase presente la fe; cree que tuvo lugar.

Si no lo crees, el hecho tuvo lugar igualmente, pero tú permaneces en tu incredulidad.

Se dignó hacerse hombre, ¿qué más quieres? ¿O se humilló Dios poco por ti?

El que era Dios se hizo hombre.

Estrecho era el establo; envuelto en pañales, fue colocado en un pesebre.

Lo escucharon cuando se leyó el evangelio.

¿Quién hay que no se admire?

El que llenaba el mundo no encontraba lugar en el establo;  
puesto en el pesebre, se convirtió en vianda para nosotros.

Acérquense al pesebre dos animales, es decir, dos pueblos, pues el buey reconoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor (Is, 1, 3).

Fíjate en el pesebre; no te avergüences de ser jumento para el Señor.

Llevarás a Cristo, no te extraviarás cuando vayas por el camino:  
sobre ti va sentado el camino.

¿Te acuerdas de aquel asno ofrecido al Señor?

Nadie sienta vergüenza: aquel asno somos nosotros.

Vaya sentado sobre nosotros el Señor y llámenos para llevarle a donde él quiera.

Somos su montura, vamos a Jerusalén.

Cuando él va sentado, no nos aplasta, nos levanta;

teniéndole a él por guía, no nos extraviamos: vamos por él, no perecemos.

**(Sermón 189, 4)**

¿Quién es este «infante»?

Se llama «infante» al niño que aún no puede expresarse, es decir, hablar.

Por consiguiente, es un niño que aún no habla, y es la Palabra.

Calla por medio de la carne, pero enseña sirviéndose de los ángeles.

Se anuncia a los pastores el príncipe y el pastor de los pastores

y yace en el pesebre como vianda de los fieles, su montura...

**Reconozcámoslo también nosotros, acerquémonos al pesebre, comamos la vianda, llevemos a nuestro señor y guía,**

para que bajo su dirección lleguemos a la Jerusalén celeste.

El nacimiento de Cristo de madre es la majestad hecha débil,

el nacimiento de Padre es la majestad desplegada.

Tiene un día temporal en los días temporales,

pero él es el Día eterno que procede del Día eterno.

**(Sermón 190, 3.3)**

Al hacerse carne, la Palabra del Padre que hizo los tiempos hizo para nosotros en el tiempo el día de su nacimiento.

Por su nacimiento humano quiso reservarse un día aquel sin cuya voluntad divina no transcurre ni un solo día.

Existiendo junto al Padre, precede a todos los siglos;

al nacer de madre, se introdujo en este día en el curso de los años.

**Se hizo hombre quien hizo al hombre.**

De esa manera toma el pecho quien gobierna los astros;

siente hambre el pan, sed la fuente; duerme la luz;

el camino se fatiga en la marcha;

... el que existía como hijo de Dios desde antes de los siglos sin un primer día, se dignó hacerse hijo del hombre en los últimos días.

Y nacido del Padre sin ser hecho por él,

fue hecho en la madre que él había hecho.

Comenzó a existir aquí al nacer de aquella que nunca y en ningún lugar hubiera podido existir a no ser por él.

**(Sermón 191, 1, 1)**

**¿Qué hombre conocerá todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, ocultos en Cristo y escondidos en la pobreza de su carne?**

En efecto, siendo rico, por nosotros se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza.

Cuando asumió la mortalidad y destruyó la muerte, se manifestó en pobreza, pero no perdió las riquezas, como si se las hubieran quitado, sino que las prometió, aunque diferidas. ¡Cuán grande es su dulzura que esconde a los que lo temen y plenifica a favor de quienes ponen su esperanza en él!

Nuestro conocimiento es parcial hasta que llegue la plenitud.

Para hacernos capaces de alcanzarla, el que era igual al Padre en la forma de Dios, hecho semejante a nosotros en la forma de siervo, nos restaura en la semejanza de Dios.

Haciéndose hijo del hombre el Hijo único de Dios, convierte en hijos de Dios a muchos hijos de los hombres, y nutriendo, mediante la forma visible de siervo, a quienes son esclavos,

los hace totalmente libres para ver la forma de Dios.

Somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos.

***(Sermón 194, 3, 3)***

Éste es el día en que vino al mundo el creador del mundo;  
en que se hizo presente en la carne quien nunca está ausente por su poder.

En efecto, estaba en el mundo y vino a su casa.

Estaba en el mundo, pero oculto al mundo,  
pues la luz brillaba en las tinieblas, y las tinieblas no la acogían.

Vino, pues, en la carne para limpiar los vicios de la carne;  
vino en tierra medicinal para curar con ella nuestros ojos interiores,  
cegados por nuestra tierra exterior;

de modo que, una vez sanados, quienes antes fuimos tinieblas  
seamos luz en el Señor,

y la luz presente no luzca ya en las tinieblas para ausentes,  
sino que se manifieste clara a quienes la miran.

Con esta finalidad salió el esposo de su lecho nupcial  
y saltó de gozo como un gigante dispuesto a recorrer su camino.

Hermoso como un esposo, fuerte como un gigante,  
digno de amor y de temor, severo y sereno;  
hermoso para los buenos, duro para los malos;  
permaneciendo en el seno del Padre, llenó el seno de la virgen.

En ese lecho nupcial, es decir, en el seno de la virgen,  
la naturaleza divina unió a sí la naturaleza humana;

en él la Palabra se hizo carne por nosotros  
para habitar en medio de nosotros naciendo de una madre  
y para prepararnos nuestra morada,  
precediéndonos en el camino hacia el Padre.

**Celebremos, pues, con gozo y solemnidad este Día y, llenos de fe,  
deseemos el Día eterno, a través de quien, siendo eterno,  
nació en el tiempo para nosotros.**

***(Sermón 195, 3)***

El Señor Jesús quiso ser hombre por nosotros.  
No te parezca vil la misericordia:  
es la Sabiduría que yace en la tierra.  
En el principio existía la Palabra,  
y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios.  
¡Oh alimento y pan de los ángeles!  
Tú llenas a los ángeles, tú los sacias sin que sientan hastío;  
de ti reciben la vida, la sabiduría, la felicidad.  
¿Dónde te hallas por mí?  
En un establo angosto, envuelto en pañales, en un pesebre.  
¿Por quién?  
Quien gobierna los astros toma el pecho;  
sacia a los ángeles, habla en el seno del Padre y calla en el seno de la madre.  
Pero, en el momento oportuno, ha de hablar para llenarnos de su evangelio.  
Por nosotros ha de padecer, por nosotros ha de morir;  
para dejarnos un ejemplo del premio que nos espera ha de resucitar;  
ante los ojos de sus discípulos ha de subir al cielo,  
y del cielo ha de volver para el juicio.

**Miren, el que yacía en el pesebre se empequeñeció, pero no desapareció:  
recibió lo que no era, pero permaneció en lo que era.  
Vean que tenemos a Cristo convertido en niño; crezcamos con él.**

*(Sermón 196, 3)*

Ahora bien, para que los hombres nacieran de Dios,  
primeramente nació de ellos Dios,  
pues Cristo es Dios y Cristo nació de los hombres.  
Ciertamente, nacido de Dios para que mediante él fuésemos hechos,  
y nacido de mujer para que mediante él fuésemos rehechos,  
en la tierra no buscó sino madre, porque ya tenía Padre en el cielo.  
No te asombres, pues, oh hombre, de que por gracia seas hecho hijo,  
porque de Dios naces según su Palabra.  
La Palabra misma quiso primero nacer de hombre,  
para que tú tuvieras la seguridad de nacer de Dios y te dijeras:  
«Por algo quiso Dios nacer de hombre,  
porque en algo me estimó para hacerme inmortal  
y nacer él mortalmente por mí».  
Por eso, tras haber dicho: «Nacen de Dios»,  
como para que no nos asombrásemos y horrorizásemos de gracia tan  
inmensa,  
que nos pareciera increíble que de Dios hayan nacido hombres,  
como dándote seguridad añade:  
Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.

**¿Por qué, pues, te asombra que los hombres nazcan de Dios?  
Vuelve tu mirada a Dios mismo nacido de los hombres:  
Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.**

***(Tratado sobre el evangelio de san Juan 2, 15)***

Celebremos, por tanto, ¡oh cristianos!, no el día de su nacimiento divino, sino del humano, es decir, el día en que se amoldó a nosotros, para que, **por mediación del invisible hecho visible, pasemos de las cosas visibles a las invisibles**

*(Sermón 190, 2, 2)*